

Crónica de la narrativa española

La ley de esta crónica me obligaría a hablar de libros que no he leído ni me apetece leer ahora. Los premios Planeta de Juan Manuel de Prada y Carmen Rigalt no han despertado una excesiva curiosidad en mí, sobre todo cuando del primero se pudo leer el primer capítulo en la prensa: prosa repujada, sarampión del estilo y la vaga intuición de la inconsistencia última de un relato urdido sobre el aire, aunque sea el aire del arte y la literatura. Lo he advertido ya: no he leído más que el primer capítulo y me limito a corroborar la impresión misma —quizá no más que un prejuicio— que ya me dejaron los relatos de *El silencio del patinador*, que fue peor que la de unos imaginativos y sin duda recomendables *Coños*, y al margen del soporte histórico que anclaba la peripecia de Pedro Luis de Gálvez en *Las máscaras del héroe*. Es significativo que Prada sea un brillante biógrafo y ensayista cuando poda, no sé si voluntariamente, las ramas exaltadas de un estilo inquieto por su propia brillantez. Es en ese otro registro donde a mí me parece ver a

un escritor convincente, lo que no significa que no sea narrador; significa que el relato destila todavía más infección que invención, más mimetismo que creatividad, más artificio que artesanía, más máscara que héroe.

Será un prejuicio romántico, pero me resisto a corregir lo escrito porque aprecio demasiado las dotes de escritor de Prada, que son incontables, y no me pregunten qué dotes son, porque son de las que hacen escritores verdaderos. Recuerdo, por ejemplo, una reciente entrega de la revista *Clarín* con una biografía suya muy bien contada de una poeta oculta, Ana María Martínez Sagi, e incluso diría que las veces en que acierta con su columna de los viernes en el *ABC* coinciden con el esbozo biográfico de alguien conocido o inventado, que eso importa poco. La que recuerdo ahora trataba con un punto de insidia intencionada, me parece, a una escritora explosiva con cuya primera novela simpaticé sin dudarlo, la Lucía Etxebarría de *Amor, curiosidad, prozac y dudas* (Plaza y Janés). Aunque también es bien verdad que alguna otra semblanza anterior resultaba innegociablemente tosca —¿hubo parodia?— en el elogio de José Luis García Martín, precisamente el director de *Clarín*. Traigo aquí el nombre de este crítico con premeditación porque acabo de felicitarle por un librito suyo, humilde y hermoso. García Martín ha practicado el diario intempestivo y el ar-

título venenoso con demasiada conciencia literaria, pero, por el contrario, *Aprendices de fantasma* (La Gaveta, Junta de Extremadura) es un libro contagioso de la felicidad de la literatura, de la divagación y la meditación lírica o épica sobre las virtudes de un oficio y casi, casi una forma de vida: la que lee la realidad con ojos de literatura.

Me gustaría que no vieses mal un merodeo particular por la periferia del mercado y ver qué hay ahí de bueno y sin premio, incluso sin logros absolutos, pero sí significativos de modos de entender la literatura de hoy mismo. Los artículos de periódico, las crónicas de periodista, la información bien contada y recreada con las técnicas del relato breve y de la misma novela son lo que ha de atrapar al lector de Manuel Rivas como escritor. Su propio prólogo a *El periodismo es un cuento* (Alfaguara) es una hermosa lección de conciencia de oficio —la literatura y el periodismo— que explica brillantemente por qué son tan succulentas sus historias del mar y de la mina, sus microbiografías de anarquistas supervivientes, sus homenajes sentimentales a los maestros fallecidos o su propia identificación de referentes literarios y morales. Cuánto alegra leer el elogio franco al escritor Miguel Torga, en una crónica sobre Portugal con miga y amistad, o cómo reconforta revisar sus juicios sobre el País Vasco a partir de los versos de un poeta y ensayista de

respeto. Ese artículo último lo titula con palabras de Juaristi, «Te preguntas, viajero, por qué», para terminar dando respuesta a tantas muertes: «Nuestros padres mintieron: eso es todo».

Y para contar esas mentiras emborrachadas de nostalgia y resentimiento ha escrito Jon Juaristi sus *Historias de nacionalistas vascos*, con el título *El bucle melancólico* (Espasa-Calpe). Ya sé que es un ensayo, pero sé también que el ensayista es primero que todo un escritor, un contador de ideas engarzadas, un oficiante de la prosa que discurre entre historias e ideas. La brillantez del libro es ensayística: vale por decir bien lo que dice, como cualquier otro ejercicio literario. Y no pondero la conveniencia de leerlo desde fuera del País Vasco porque es obvia. Y necesaria lo es cuando se escribe desde Cataluña como estoy haciendo ahora, donde un libro con intenciones similares y factura distinta, el de Arcadi Espada, *Contra Catalunya* (Flor del Viento) apenas ha servido para despertar lo que se proponía —inteligencia crítica y autocrítica—, ni siquiera aquel otro libro algo más antiguo de Joan-Lluís Marfany sobre *La cultura del catalanisme* (Empúries) que nos quiso enterar a los catalanes de los mismos virus irreductibles del sentimiento nacionalista y la perversión política y enmascaradora. Así andamos aquí: con violentos ataques con nombres y apellidos a quienes se salen del guión pactado

sobre la catalanización. Y no sigo porque es un asunto menor. Espero que lo sea.

Lo que no es menor en absoluto es la cantidad de literatura que hay en esos gruesos tomos que está publicando Alfaguara desde hace un tiempo. Las dos o tres últimas entregas han tocado a Gonzalo Suárez y sus casi mil páginas de *Literatura*, los cuentos de José María Merino y la maravillosa mentira que es Manuel Vicent en *Los mejores relatos*. Son relatos, crónicas, historias contadas sobre fondos de verdad y con formas de la mentira que han quedado en una tierra de nadie que sin duda emparento con el mejor periodismo y la mejor literatura. Salieron estos textos espléndidos primero en la prensa, después en otros volúmenes antiguos, como ese magistral retrato de una edad biográfica e histórica que daba título al volumen *No pongas tus sucias manos sobre Mozart* o el más escueto de *Crónicas urbanas*. Literatura sobre la realidad de las costumbres y las cosas de todos. De eso he hablado hace un momento porque me parece que Manuel Rivas lo entendió pero que muy bien.

Y sin embargo qué lejos está esta literatura narrativa de la que podemos encontrar en otro libro de relatos que ha de gustar al lector sin prisa y con una clara idea de la diversidad poética del relato breve. La trepidación narrativa de Vicent se convierte en *Esperando al enemigo* (Tusquets), de Gonzalo Calcedo,

en la mejor muestra que conozco de aclimatación de Raymond Carver en España. Fernando Valls sabe mucho de cuentos y otras cosas, y nos acabamos de poner de acuerdo en lo mismo: cuenta más la ausencia que la presencia, la sutileza del montaje que la presentación obvia del drama. Y lo hay siempre, disfrazado y eludido, hecho literatura de maneras sin sofisticación verbal ni aparato retórico, con un punto de frialdad narrativa ligada a la misma intención desveladora. Hay la lección de que el cuento puede estar hecho de dos historias pese a que parezcan una sola o varias. Sólo hay una que cuenta: la del secreto emotivo, ético o intelectual que velan las palabras, las apariencias, la cotidianidad nuestra de cada día. Me parece un libro de cuentos ejemplar y felizmente lejano a algún otro de la misma editorial y autor de edad semejante a Calcedo, es decir, el volumen breve de Felipe Benítez Reyes, *Maneras de perder*. La calidad de la prosa y la concepción del relato están lejos, pero tienen que gustar ambos libros porque son disfraces de la vida y la derrota, las decepciones lentas o las heridas incurables. Benítez Reyes utiliza un registro más vivo y actual, sus personajes y situaciones tienen contexto social y marca de clase, profesiones y pasados detallados. Son historias comprimidas en las que se juega con las biografías dilatadas, mientras que Calcedo apuesta por el instante revelador y seco, por la